

el que se respeta así tan poco que, ni por la consideración que se debe á sí mismo, huye de hacer á los demás esos ruines agravios, que no envilecen á quien los recibe, sino á quien los irroga. El pundonor, la decencia y hasta el orgullo nos obligan á usar de miramientos con el forastero que nos hace el favor de llamar á nuestras puertas. Vámonos, Sancho; que donde la envidia se vale de la infamia para hostilizarnos, estamos mal y muy mal alojados.» Sacudióse el cleriganso y dijo: «Ni hubiéramos deseado la llegada, ni nos afligirá la partida de pécoras como vosotros.» Echó mano por su lanza D. Quijote, y dió tras el monacillo, el cual hasta ahora está corriendo. Perdida la esperanza de alcanzarle, volvió, se vistió de sus armas defensivas, y alto el morrión, baja la visera, pendiente del talabarte la espada, el lanzón en la mano, salió seguido de su escudero á despedirse del cura y montar á caballo.



## CAPÍTULO XV

DE LA CONVERSACIÓN QUE CABALLERO Y ESCUDERO IBAN SOSTENIENDO  
MIENTRAS CAMINABAN

Puestos en camino, sintió Sancho que se le refrescaba el pecho y que toda su parte moral se le bañaba en un fluido vivificador, con esos movimientos súbitos de felicidad que de tarde en tarde suelen favorecer misteriosamente hasta al hombre más infortunado: tanto como esto puede la naturaleza cuando ejerce su amable prestigio por medio de un cielo límpido, nubes purpurinas y doradas puestas sobre el horizonte como decoración del mundo; atmósfera benigna, aire tibio, sierras oscuras que asombran los valles, colinas alegres, prados floridos, todos los toques de hermosura con que esa grande seductora cautiva sin pensarlo aun á los que no la comprenden. «Si saliere fallida la esperanza del condado que vuesa merced me tiene prometido, dijo Sancho en tono de buen humor, ¿no pudiera yo venir á ser cardenal, ó por lo menos obispo? — Por nuestra carrera no llegamos al capelo, respondió D. Quijote, ni aun á la tiara. Tanto como eso no presumas, ni levantes la ambición más arriba de lo verosímil. Halagüeñas son las esperanzas que infunden las cosas posibles: tan alto picas á las veces, que das en visionario. Si estás lejos de la púrpura cardenalicia, te hallas á un paso de otra fortuna. — ¿Habrá por si acaso vuesa merced resuelto hacerme duque?, preguntó Sancho. — De Sabioneta ó de Alburquer-

que no te sentaría mal; y de adehala marqués de Rivadeo. Por marqués de Rivadeo, tendrías el privilegio de comer con Su Majestad el día de pascua de Reyes. Pero no es mi ánimo parar en eso. Tú sabes que Tirante el Blanco fué proclamado emperador de Constantinopla; mas lo que tal vez no sabe vuesañoría es que á la muerte de ese famoso andante, su escudero Hipólito casó con la emperatriz viuda y ocupó el trono. Reinaldos, Esplandián, Palmerín de Oliva, D. Rocerín, D. Olivante de Laura fueron reyes ó emperadores, obrando la invicta espada. ¿Pues qué diremos de Florisán, que llegó á ser preste Juan de las Indias y señor de los Montes Claros? Esto de ganar un imperio, Sancho hermano, es cosa muy factible para los buenos caballeros. Figúrate lo que habrán sido los escuderos de esos grandes paladines, y mira los honores y las rentas que te esperan en cualquier encrucijada de las que tengamos que pasar. — Á buen viento va la parva, dijo Sancho. ¿Pedro por qué atiza? Por gozar de la ceniza. ¿Por qué piensa vuesa merced que pongo en las aventuras mi parte de hambres y de costillas? Medrados estaríamos si después de tantos palos no hubiese imperio que regir. Cuando siembres, siembra trigo, que chícharos hacen ruido. Por falta de hombres buenos á mi padre hicieron alcalde, y ruin es quien por ruin se tiene. Esos tales escuderos se empuñaron en sus cetros; pues ya verá el mundo si el hijo de los Panzas es menos que Gandalín y si hay cabello que no haga su sombra en el suelo. ¿Procurará, Sr. D. Quijote, que mi imperio no produzca menos que el de vuesa merced? — La gallina de mi vecina más huevos pone que la mía, respondió D. Quijote. Tengan tus dominios rentas como tú echas refranes, y ahí sería el diablo si no superases á Salomón en las riquezas. Mucho hubiera sido que no te dijese tu media docena en esta oportunidad. Ven acá, demonio, ¿no se agotará jamás esa mina de disparates que con nombre de refranes vienes derramando por todo el mundo? Emperadores tontos, emperadores brujos, emperadores llorones, de todo hemos visto; ¿mas qué emperador ha de ser un judío que en refranes hubiera puesto su parte en la pa-

sión y muerte de nuestro Señor Jesucristo? — Palabras de santo y uñas de gato, dijo Sancho. Vuesa merced no me hace emperador sino para aruñarme. La cruz en los pechos y el diablo en los hechos. Recíbame vuesa merced á perdón, y caminemos; pues como dicen, dame pega sin mancha, darte he mozo sin tacha. — Si no te encastillas en el perdón que me has pedido, respondió D. Quijote, con lágrimas de tus ojos pagaras aquí tus impertinencias. Ahora dime, follón, desvanecido y malandrín, ¿piensas que esa corona te viene por tus obras y no por las mías? Metes tu media pala en el negocio de las aventuras, y te das á entender que serás emperador por tu propia virtud; ¿y aún quieres que tus estados no produzcan menos que los míos? Eso es meter aguja y sacar raja, logrero sin conciencia. — Y todavía hay otra cosa mejor, replicó Sancho; es á saber, que me hallo en potencia propincua de elevarme á la mano de mi señora Dulcinea del Toboso y reinar junto con ella. — ¿De qué modo?, preguntó D. Quijote — Á semejanza del escudero de Tirante el Blanco, que casó con la emperatriz viuda, respondió Sancho. — Eso se entiende si yo vengo á morir primero que ella, replicó D. Quijote; y aún será cosa de averiguar si yo consiento en unión tan deslayada. — Como los muertos no tienen voz ni voto, señor, me bastará el beneplácito de la emperatriz heredera. — Lo das por hecho, dijo D. Quijote; mas yo tengo para mí que Dulcinea no me habría de sobrevivir sino para verter lágrimas tales y tantas, que fueran excusadas las ajenas; y como el Cid Rui Díaz, pondría yo esta cláusula en mi testamento:

«Item: Mando que no alquilen  
Plañideras que me lloren:  
Bastan las de mi Jimena,  
Sin que otras lágrimas compre.»

— De suerte que, dijo Sancho, mi señora Dulcinea ya no es Dulcinea, sino Jimena. — ¡Eso no!, respondió D. Quijote. Dulcinea no puede dejar de llevar su nombre; ni hay otro más suave, melifluo, almibarado que el suyo. La que se llama Dulcinea

¿puede aspirar á otra cosa? Carmesina, Briolanja, Florisbella, Doralice, ni la linda Magalona, ¿cuál se atreve á pronunciar su nombre al lado de *Dulcinea*? ¿No sientes que este divino vocablo se te pega en los labios como una hebra del panal hibleo? Di *Dulcinea* sin que la lengua se te quede olorosa, blancos los dientes, rojos los labios, cual si por ellos pasase el amor en forma de celeste llama. Música, pintura, poesía, ¿qué no hay en *Dulcinea*? Si el amor perteneciera al sexo femenino, se llamara *Dulcinea*; si las flores supieran su negocio, fueran *dulcineas*. ¿Y quieres trocármelo por Jimena á estas horas, hereje? — Yo no quiero eso, Sr. D. Quijote: vuesa merced dice que le va á poner ese epitafio con Jimena, y mi deber es respetar sus voluntades. — No es epitafio, ¿zopenco!, dijo D. Quijote, sino cláusula testamentaria; porque no es ella quien se muere, sino yo. Si el Rui Díaz de otro tiempo dijo:

«Item: mando que no alquilen  
Plañideras que me lloren:  
Bastan las de mi Jimena,  
Sin que otras lágrimas compre;»

¿qué habría sino que el otro dijese?:

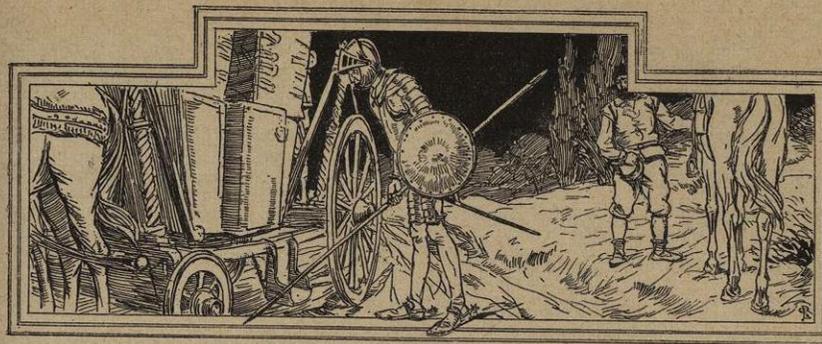
«Item: Mando que no alquilen  
Que me lloren plañideras:  
Al llanto ajeno renuncio,  
Si me llora *Dulcinea*.»

— Vuesa merced será dueño de pergeñar su testamento según la conciencia le dictare, dijo Sancho, como no ponga ningún paragarfio encaminado á entrabar la voluntad de la viuda.

— No solamente paragarfio, sino también parágrafo, respondió D. Quijote; y aun he de hacer codicilo prohibiendo expresa é irrevocablemente que la emperatriz contraiga segundas nupcias ni con el soldán del Cairo, menos con un simple escudero. ¿Piensas que es lo mismo ser viuda de Tirante el Blanco que

de D. Quijote de la Mancha? Poco haría *Dulcinea* con abdicar la corona después de mi fallecimiento y acogerse á un monasterio; lo más puesto en razón y verosímil es que se había de dejar morir de pesadumbre; pues no es desgracia de las de por ahí el perder marido como yo. Sabes, por otra parte, que señora como ella, de tan elevados pensamientos, no había de ir á ponerlos en un villano como tú, aun cuando yo muriese más de una vez. — ¿Y cómo piensa vuesa merced hacer rey á un villano como yo?, preguntó Sancho. — Porque todavía es menos ser rey que aspirar á la mano de esa princesa, respondió D. Quijote; y antes te haría yo soldán ó gran califa, que admitir, ni en vía de pasatiempo, que tú llegares á sucederme al lado de mi esposa. ¿Sabes quién es *Dulcinea* para haber dado cabida en tu obscura imaginación á la especie de venir á ser marido suyo en ningún tiempo? Yo mismo, con todos mis hechos de armas y mis nunca vistas hazañas, apenas he llegado á merecerla. Hay cosas inhereditables, Sancho temerario. Muy bien puedes tú ser un honrado y valiente escudero, y ella más imposible para ti que el ave Fénix. Conténtate con que yo te case con la confidente de mis amores, como es de uso en la caballería. Tristán de Leonés premió á su escudero con la mano de la doncella Denamarca; y ese mismo Tirante cuyo ejemplo invocas en tu favor, dió por mujer á su escudero Deifobo la bella Estefanía, hija del duque de Macedonia. Y aún eso se entiende si te comportares como Gandalín, quien siguió, alcanzó, mató y cortó la cabeza á la gigante Andandona. Si no haces cosas grandes y dignas de la posteridad, mal puedo recompensarte con merced tan señalada como darte por esposa una doncella de alta guisa. Las grandes recompensas forman los grandes valores, dicen: ya sabes que lo menos que te espera es una real infanta con un condado de dote. — ¿Cuál sería, preguntó Sancho, la doncella que vuesa merced me destinase, caso de que yo me resolviese á hacer esas cosas dignas de la posteridad? — Sería Brianjuana, respondió D. Quijote, Darioleta, Floreta ó ¿qué sé yo?: todas han sido confidentes de sus señoras respectivas. A menos que

te decidieses por la dueña Quintañoa, quien lo fué de la reina Ginebra en sus amores con Lanzarote del Lago. ¿O prefieres á la viuda Reposada? No olvides que esta gentil pieza, lejos de favorecer leal y legalmente á sus amigos y señores, se llegó á enamorar hasta el meollo del amante de su reina, y todo se lo llevó el diablo. — ¿Cuál de estas dos tiene más garabato, señor D. Quijote, la viuda Reposada ó la dueña Quintañoa? — Eso va de gustos, amigo Sancho. La viuda Reposada fué mujer hermosísima, pero cuando menos acordó estuvo vieja. La dueña Quintañoa, otra que tal, ni fué menos hermosa ni vino á ser menos vieja que la Reposada. — Pues desde aquí renuncio esas canonjías, dijo Sancho. Déme vuesa merced una de las muchachas, y andemos. Pero sí ruego á vuesa merced, y así tenga buena muerte, me cambie con obra más hacedera el pontazgo de cortar la cabeza á la tal Andandona. — Por no dar la cabeza de una gigantita, respondió D. Quijote, has de perder la mano de una princesa. Yo sabré cómo, cuándo y con quién te caso: déjate de cavilaciones y vente callado. Tú me espantas la caza con este hablar sin término ni medida. ¿Quién sabe cuántas aventuras hemos perdido por venir engolfados en estas futilidades, las que en realidad nada son para con las grandes cosas que se deciden por la espada? — Yo supongo, dijo Sancho sin querer callarse, que todo esto es puro modo de decir; ¿pues dónde deja vuesa merced á mi mujer?, ¿hémosla enterrado por dicha? Quien bien quiere, nunca olvida, Sr. D. Quijote: viva la pobre y vívame mil años. — Buena salutación le envías, ¡oh Sancho! «¡Rey, vive para siempre!» era la que los egipcios dirigían á su soberano. Manera grandiosa de manifestar amor é interés á una persona; como que ningún obsequio vale tanto como el de desearle á uno vida feliz y prolongada.»



## CAPITULO XVI

DE LA CASI AVENTURA QUE CASI TUVO D. QUIJOTE  
OCASIONADA POR UN VIEJO DE LOS RAMPLONES DE SU TIEMPO

Cuando esto decía D. Quijote, echó de ver á un lado del camino un hombre entrado en edad que estaba haciendo hachar dos hermosos cipreses de un grupo que daba obscura y fresca sombra á un gran circuito. Paróse y le preguntó por qué hacía derribar tan bellos árboles, destruyendo en un instante obra para la que la naturaleza requería tantos años. «Los derribo, respondió el viejo, porque nada producen y ocupan ociosamente la heredad. Éstos y los demás, todos los echo abajo, y no son menos de catorce. — ¿Hubiera modo, replicó D. Quijote, de evitar este degüello? Si os incita el valor de estos cipreses, yo os los pago, y permanezcan ellos en pie. — Eso allá se iría con vender la tierra, y no es lo que me propongo, dijo el dueño; antes la estoy desmontando, no tanto por aprovecharme de estos árboles que no valen gran cosa, cuanto por dar á la labranza el suelo mismo. — Cortados no valen nada, replicó el caballero; vivos y hermosos como están, valen más que las pirámides de Egipto. Y así os ruego y encarezco miréis si os está mejor variar de resolución y hacer un obsequio á la madre naturaleza, la cual gusta de la sombra de sus hijos. — Toda sombra es nociva, arguyó el viejo sanguinario. La sombra nada me da; antes me quita lo que pudiera rendir esta heredad. Hoy la pongo co-

mo la palma de la mano, la aro en seguida, siembro lechugas y coles, y desde ahora queda vuesa merced convidado á festejarlas á su regreso. — Dejaos de chanzas, que no estoy para ellas, dijo D. Quijote. Por última vez represento y pido lo ya representado y pedido, y andad por vuestras lechugas á otra parte. — Donosa representación, respondió el hombre, quien á despecho de los años había sido algo maleante, ó ya la figura de D. Quijote junto con sus pretensiones le movió á echar por lo ridículo: donosa notificación..... Y caso de no venir yo en ello, ¿piensa vuesa merced apercibirme con su lanza? — ¡Vos lo habéis dicho!, replicó D. Quijote, y arremetió con el viejo, el cual, en vía de defensa, se dejó caer patas arriba de la piedra en que estaba sentado. — Convenid, gritó el caballero, teniéndole en jaque con su lanza, en que estos árboles queden ilesos; ofreced, prometed y aun jurad no tocarles ni á un pelo de la barba. — Me allano á cuanto vuesa merced mandare, respondió el burlón, viendo resplandecer esa punta amenazante. ¡Ea, amigos!, dejadme en pie esos árboles, y no se les ofenda con un hachazo más, supuesto que tal es la voluntad de este buen caballero.»

No había cosa más urgente que salvar la vida, y después sería el averiguarse con el desagravio. Pero el andante dió de espuelas á su corcel, y tomó el largo sin añadir palabra, al tiempo que el vencido se levantaba con harta flema, echando pestes contra el loco que así le había puesto. Volvió luego D. Quijote y dijo: «Esas muescas ó heridas de los cipreses pueden serles fatales: llenadlas de cera al punto, y echad sobre ella una capa de tierra húmeda, que así no habrá riesgo de que se marchiten y perezcan.» En esta sazón llegaban dos jinetes á los lados de un coche tirado por cuatro soberbias mulas ricamente enjaezadas y con altísimo plumaje. No era para uno como don Quijote dejar seguir adelante á nadie sin averiguación ninguna, y menos á comitiva que tanto olía á cosa de aventura. Echóse á medio camino y dijo al postillón: «Buen hombre, parad y responded punto por punto: ¿quiénes vienen aquí?, ¿de dónde vienen?, ¿adónde y á qué van? — Es el ilustrísimo obispo de

Jaén, respondió el postillón: viene de Madrid y va á su diócesis. — Norabuena, respondió el caballero. Ahora advertid al ilustrísimo obispo de Jaén que D. Quijote de la Mancha desea llevar consigo algunas de sus episcopales bendiciones. — ¿Quién es?, preguntaron de adentro del coche. — El Sr. D. Quijote de la Mancha, quien desea saludar al señor obispo, respondió uno de los hombres de á caballo. — ¿D. Quijote de la Mancha?... le conozco; el famoso caballero cuya historia anda por esos mundos. Pues yo me holgaría en verle. Decidle que, si es servido, se lleve á la portezuela.»

Se apeó entonces D. Quijote é hizo lo que el prelado deseaba, saludándole con una reverencia. «¿Es vuesa merced, señor caballero, el mismo D. Quijote de la Mancha cuyos hechos ha puesto en las nubes el historiador Cide Hamete Benengeli? — No pienso que haya dos caballeros de ese nombre, respondió D. Quijote gallardeándose. Al que se atrevió á sustentarme que había vencido en singular batalla á un cierto D. Quijote, ya le probé que se engañaba, por no decir mentía. — Ese atrevido fué el caballero del Bosque, dijo el obispo. ¿Qué hace vuesa merced por estos mundos? Nosotros le juzgábamos en Traipsonda, y aun hemos oído decir que había pasado á la isla de Lipadusa á combatirse con quienquiera que poseyese la espada Durindana. — Tenga yo noticia de aquella famosa espada, respondió D. Quijote, y pasaré, no digo á Lipadusa, sino á Estotilán ó á Norumbeca; y para ganarla haré armas con el rey Gradaso, y aun con ese endiablado de D. Roldán. — Una vez sometido á vuesa merced ese endiablado de D. Roldán, volvió á decir el obispo, ¿qué obstará para que le quite, no solamente su espada, sino también su dama? De este modo, Angélica la bella vendrá como á suplantar á la señora Dulcinea. — No, señor, respondió D. Quijote; Durindana y no otra cosa le he de quitar. ¿Ni qué habría yo de hacer de aquella damisela repulgada y veleidosa, que se va cuando se le antoja con un morillo mequetrefe, tan bisoño en guerra como en amores? Y diga vuestra ilustrísima, en desdoro de paladines como Roldán el

encantado y Reinaldos de Montalbán. — Si no lo ha vuesa merced á enojo, volvió á decir el obispo, reitero mi pregunta: ¿qué negocio le trae á vuesa merced por estos mundos? — Ando en busca de las aventuras, respondió D. Quijote. Si la casualidad no me encamina por acá, se consumaba ahora mismo un hecho de los que no sufre un caballero andante. Salga de su carrocin vuestra señoría ilustrísima, y vea con sus ojos si mi profesión importa al mundo, y si los que la seguimos perdemos el tiempo y ganamos la fama á poca costa.»

Echóse afuera el obispo, juzgando que realmente se hubiera intentado allí algún delito, y si aún era posible impedir una desgracia.

«¿Ve aquí vuestra ilustrísima esta pequeña selva cuyos árboles verde-oscuros se encumbran en forma de pirámides y derraman sobre el suelo esta densa y provocativa sombra? En verdad le digo que no iba á quedar rama sobre rama, porque este desalmado los echaba á tierra, si no llego yo aquí para librarlos de su hacha destructora.» La forma bíblica usada por don Quijote le pareció bien al obispo, y dando en el hito, y por llevarle el genio, manifestó que le displacía mucho aquel desaguisado, y se unió á él para encarecer el desalmamiento de quien así había querido matar esos hermosos gigantes de la creación. Hablaba quizás de buena fe el prelado, ya que todo pecho donde anidan los afectos nobles tiene con la naturaleza conexiones ocultas.

Un árbol que ha recibido lentamente la virtud misteriosa de los siglos, junto con la recóndita substancia de la tierra, es objeto que infunde respeto y amor casi religioso. Hay quienes destruyen en un instante la obra de doscientos años por aprovecharse de la mezquina circunferencia que un árbol inutiliza con su sombra: para la codicia nada es sagrado: si el ave Fénix cayera en sus manos, se la comiera ó la vendiera. Cosa que no produzca, no quiere el especulador: para el alma ruin, la belleza es una quimera. Un menguado sin luz en el cerebro ni música en el corazón, no alcanza el poder de gozarla,

ni su alma tiene los requisitos que se han menester para que den golpe en ella los portentos del universo. No se arrodilla ante el Parnaso sino el hombre delicado cuyo numen le tiene despierto de continuo, maravillándole con las obras del Omnipotente, apasionándole á las gracias de la naturaleza.